

Los Niños Sagrados de Amatitlán

Corrían los años en que se construía el ferrocarril que comunicaría la ciudad de Guatemala con Escuintla. El trabajo era extenso y se tenían que pasar muchas dificultades. Una de ellas dio paso a una de las leyendas más emblemáticas de los pobladores de la cabecera municipal, la del Niño de Amatitlán. Para hacer las vías del tren tenía que pasar por un pequeño estrecho del bello lago junto al cual se asienta aquel poblado. Así que se utilizaron varios materiales para rellenar esa parte del lago y seguir con la línea del tren. Pero cuando terminaban los trabajos de un día al siguiente, se encontraba todo desmantelado. Así ocurrió en varias ocasiones. Hasta que, un día, el encargado de la obra decidió velar y descubrir quién era el causante de que la obra no avanzara. Esa noche de vigilia, su sorpresa fue ver que un niño, travieso y juguetón, era el responsable. Al interrogarlo para saber por qué tiraba todo nuevamente, el niño, dulcemente contestó que no habían solicitado permiso para hacer los trabajos. Como condición para permitir el avance de las obras, pidió que se llevara en procesión la imagen del Niño Jesús, cada 3 de mayo, por los alrededores de la ciudad de Amatitlán y que lo sacaran a visitar el lago. El encargado de la obra se comprometió a realizar lo solicitado, en forma de petición al Niño Jesús. Desde entonces, sale en la fecha estipulada el cortejo procesional del Niño de Amatitlán. Fueron tantos sus devotos que llegaron romerías multitudinarias para venerarlo. Cuentan que, un día, llegó una pequeña cofradía, desde un pueblo lejano, con una imagen parecida al santísimo Niño. Solo que el humo de las candelas ha-

bía oscurecido su piel a un tono un poco más moreno y sus ojos eran claros como el brillo de una luciérnaga. Los encargados de la romería bebieron tanto licor, que el Niño nubló su mente y olvidaron en Amatitlán la réplica que llevaban, porque se enojó con ellos. Así que, con el tiempo, el niño de Amatitlán se quedó vigilando a los romeristas y en su representación sale el Niño, cariñosamente llamado el Zarquito por el color de sus ojos, recorriendo las calles del bello poblado amatitlaneco. Los romeristas no han disminuido, por el contrario, se cuentan por millares. El Zarquito cumple el ofrecimiento hecho hace muchos años, recorre las calles de la ciudad y, acomodado apropiadamente en una lancha, también bendice con su presencia las aguas del espejo de agua que refleja el azul de cielo en su caudal, para agrandar los ojitos claros del Zarquito y lograr que sean escuchadas las peticiones que hacen los fieles al Ser del que el Zarquito es un reflejo hecho con cariño y devoción.

